

VIVIR SIN MIEDO

Introducción. Fui a una comida celebrando el cumpleaños de un amigo en la que hablamos de muchas cosas, pero la parte central de la conversación fue sobre cómo la Iglesia anuncia el evangelio, sus posiciones frente a la cultura y al mundo de hoy. Había dos posiciones abiertamente enfrentadas. Por un lado, había una cierta acusación de relajamiento y de fragilidad en la institución eclesial. Cómo si el mundo de hoy estuviera ganado terreno y debilitando el papel de la Iglesia. Por otra parte se miraba esperanzada la vivencia pastoral del Papa Francisco y su conversión pastoral.

He notado cierta nostalgia a épocas de la historia donde la Iglesia tenía más presencia y hegemonía en la vida de las personas. Se nos acusaba de no hablar más de los mandamientos, de los peligros para la vida espiritual, del demonio, de sus ataques a nuestras vidas, que no explicábamos con claridad la necesidad de confesarse. Y yo la verdad es que escuchaba pacientemente hasta que ha habido un momento donde he tenido que explicitar mi elección de cómo transmitir a Jesús; lo he hecho con firmeza, sin timidez, sin intentar agradar o contentar, compartiendo mi convencimiento más profundo de los caminos por donde tiene que ir la evangelización y la transmisión de la fe.

Descubro que nos da un miedo tremendo hacer uso de nuestra libertad. Preferimos un Dios que nos diga con total claridad que se puede y que no se puede hacer. Más que inaugurar de forma creativa y responsable los caminos de construcción de nuestra personalidad. Yo no tengo un Dios que me de recetas, que anule mi capacidad de decidir, yo tengo un amigo, un compañero que me insinúa, que me propone, que me invita. Que me deja equivocarme, que educa mis deseos y mis aspiraciones, como hacía Jesús con sus discípulos. No que me manda ni me ordena. Esa es la primera cosa que he dicho: Dios y su Palabra no es un código de recetas o de mandatos, como si fuera un niño pequeño que no sabe, no opta, no decide. No me llama siervo, me llama amigo, no me ata ni me encadena, me ha regalado la libertad gloriosa de hijo de Dios.

Lo que Dios nos dice. “Porque el precepto que yo te mando hoy no es cosa que te exceda ni inalcanzable; no está en el cielo, no vale decir: ¿Quién de nosotros subirá al cielo y nos lo traerá y nos lo proclamará para que lo cumplamos?; ni está más allá del mar, no vale decir: ¿Quién de nosotros cruzará el mar y nos lo traerá y nos lo proclamará para que lo cumplamos? El mandamiento está a tu alcance: en tu corazón y en tu boca. Cúmplelo. Mira: hoy te pongo delante la vida y el bien, la muerte y el mal. Si obedeces los mandatos del Señor, tu Dios, que yo te promulgo hoy, amando al Señor, tu Dios, siguiendo sus caminos, guardando sus preceptos, mandatos y decretos, vivirás y crecerás; el Señor tu Dios, te bendecirá en la tierra a dónde vas a entrar para conquistarla. Pero si tu corazón se aparta y no obedeces, si te dejas arrastrar y te prosternas dando culto a dioses extranjeros, yo te anuncio hoy que morirás sin remedio”. Dt 30,11-18.

Su Palabra es luz para nuestras vidas y claro que hay que obedecerla, pero no movidos por el miedo sino por el amor y la confianza. Hay mucha vivencia de una religión que impone, que obliga, bajo amenaza de terribles castigos. Con ese discurso se ha llenado de temor muchas conciencias, se han truncado muchas vidas y se he llenado de culpabilidad y de escrúpulos a muchas generaciones de cristianos que empequeñecidos por el miedo no se han atrevido a desplegar las alas y los talentos. El miedo ha generado culpabilidad, indignidad, sentimiento de esclavos y no de hijos.

Me niego a hablar de un Dios que sea más juez y fiscal, que ternura y misericordia. Prefiero hablar de las Bienaventuranzas que, de mandamientos, porque Jesús los supero todos. Y el mayor criterio para saber lo cerca que estamos de Dios está en los frutos de lo que vivimos y de lo creemos. Los frutos del Espíritu que Pablo define con una claridad tremenda: amor, alegría, paz, paciencia, bondad, benignidad. Esos frutos no mienten, son la señal del Dios que nos habita. El miedo, la sospecha, la desconfianza, la crítica y el juicio, la descalificación de los que no piensan como yo, esos seguro que nos son frutos del Dios de Jesús. El sectarismo, el sentimiento de ser una élite, de formar parte de un grupo de elegidos en el que no caben todos, eso no es de ser ni católicos ni universales.

“Conozco tus obras, que no eres ni frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente; pero como eres tibio, ni frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca. Dices que eres rico, que tienes abundancia y no te falta nada; y no te das cuenta de que eres desgraciado, miserable y pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres oro acendrado para enriquecerte, vestidos blancos para cubrirte y no enseñar desnudas tus vergüenzas, y colirio para ungirte los ojos y poder ver. A los que amo yo los reprendo y corrijo. Sé fervoroso y arrepíentete. Mira que estoy a la puerta llamando. Si uno escucha mi llamada y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.” Ap 3,15-20.

Sobran cristianos tibios, timoratos, que ni entran ni dejan entrar, que se preocupan de la ortodoxia, del cumplimiento, del hacer las cosas cómo siempre se han hecho, esperando apariciones marianas, cuando la cercanía de Jesús la tenemos a los pies de los que ya sufren. El juicio final de Mateo 25 está clarísimo: **“Entonces el rey dirá a los de la derecha: Venid, benditos de mi Padre, a heredar el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era inmigrante y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis, estaba enfermo y me visitasteis, estaba encarcelado y vinisteis a verme. Los justos le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber, inmigrante y te recibimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o encarcelado y fuimos a visitarte? El rey les contestará: Os aseguro que lo que hayáis hecho a uno solo de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis.” Mt 25,34-46.**

Cómo podemos vivirlo. Disfrutemos de seguir a Jesús que nos invita diariamente a mantener los ojos fijos en Él. Que nada, ni nadie nos confundan con sus temores y sus amenazas. Para ser libres nos liberó Cristo. A misericordia se ríe del juicio.